

DR 189
INSTITUCION SANGUINETE SABIO
OBRA SOCIAL
Obra de Ahorros de Vida

ESTADO MAYOR GENERAL

DEL

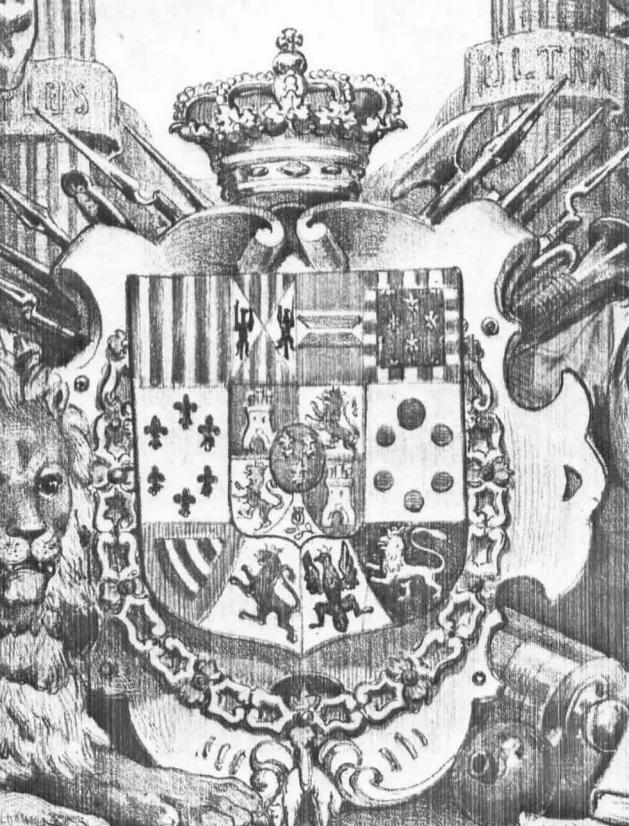
ESTADO MAYOR GENERAL

HISTORIA INDIVIDUAL DE SU CUADRO

EN LOS AÑOS DE 1851 A 1856.

Redactada bajo la dirección

DE D. PEDRO CHAMORRO Y BAQUERIZO.



H-1462
F-197

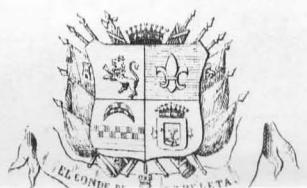
SECCION DE TENIENTES GENERALES



EL ACTUAL MINISTRO DE LA GUERRA (ABRIL 1852)

“Blanco dib. y lit.”

lit. de J. Vicente y Martí.



“Joaquín de la Cuesta”

EL TENIENTE GENERAL

DON JOAQUIN DE EZPELETA.

—♦— Su antigüedad 10 de junio de 1836. —♦—



La reseña biográfica que vamos á trazar es bien clara y perceptible; todos sus rasgos y contornos están formados por los sucesos mismos: nuestra misión por lo tanto, se reduce á enlazarlos fiel y oportunamente.

Nació D. JOAQUIN DE EZPELETA en la ciudad de la Habana, en la Isla de Cuba, el dia 19 de setiembre del año de 1783. Descendiente de una de las mas ilustres familias de Navarra, que había adquirido brillantes timbres en la gloriosa carrera militar (1), EZPELETA se consagró desde luego á la misma profesion.

1800 á 1808—Mostró desde luego bellas disposiciones en esta esfera de su vida; su laboriosidad, su exactitud en el cumplimiento de los deberes que se le imponían, junto al influjo de su familia, le hicieron recorrer rápidamente los primeros grados de la milicia. Cadete de las Guardias Españolas en 1800, page después del Rey, fué promovido á la categoría de capitán antes de concluirse el año 1803, y agregado con este carácter al regimiento de Jaen. En 1804 pasó á ser teniente de Guardias y previa real licencia salió de Madrid dirigiéndose á Barcelona.

Hallábase EZPELETA en la capital de Cataluña cuando estalló la guerra de la Independencia. Barcelona fué víctima de la perfidia francesa y EZPELETA cayó prisionero con toda la guarnición. La misma infiusta suerte que D. JOAQUIN había alcanzado su hermano el conde; pero ambos pudieron salir de Barcelona y regresar á Madrid donde todavía se conservaba el júbilo producido por la batalla de Bailén. La venida de Napoleón cambió en siniestra la favorable faz de los acontecimientos; el nuevo César avanzó á paso de gigante por nuestro territorio; arrolló con la punta de su espada á las tropas que intentaron disputarle el paso y se presentó á la vista de la capital. Los madrileños cometieron la generosa imprudencia de intentar una defensa imposible en aquellas circunstancias, y el joven EZPELETA tomó parte en ella mandando con su hermano una compañía de Guardias Walonas apostada en las afueras de la puerta de Alcalá. Despues de haber sufrido durante algun tiempo y á tiro de fusil, el fuego del cañón enemigo; los dos hermanos recibieron orden para replegarse. Verificáronlo con buen orden é imponente actitud, sosteniéndose con la espada en la mano, hasta que destruido completamente el nervio de la resistencia se les mandó que buscasen su salvación del mejor modo posible.

1809 á 1814—El entusiasmo patriótico que inflamaba todos los corazones, debió ejercer su omnipotente influjo en un jóven pundonoroso, ávido de gloria y de porvenir. En efecto, EZPELETA, habiendo podido burlar la vigilancia de los franceses, salió disfrazado de Madrid para presentarse al general Cuesta, que sostenia en Estremadura el honor de las armas españolas con menos fortuna que intrepidez. En este largo trayecto corrió EZPELETA el doble peligro de caer en manos de los franceses, ó perecer á las del pueblo, cuya fundada suspicacia no le permitía á veces distinguir la verdad de las apariencias. En Muelas, aldea enclavada en el corazón de la sierra Gata, estuvo á punto de realizarse este último y temible estremo; los habitantes calificaron á EZPELETA de espía, y aunque protestó sus rectas intenciones y produjo el pasaporte que había sacado de Salamanca, no por eso dejaron de ponerle preso, pudiendo creerse que la ira popular no se detendría ante estos primeros límites. Una feliz casualidad le salvó en aquellas circunstancias tan críticas permitiéndole in-

corporarse al ejército de Estremadura. Destinado al cuarto batallón de la Guardia, asistió á las batallas ocurridas en los llanos de Ibor y en Medellin; hallándose despues en otras acciones, escaramuzas ó refriegas y conduciéndose en todas con tanto denuedo como actividad. En abril de 1809 pasó al segundo batallón de la misma Guardia que se hallaba en la Mancha, concursando con este cuerpo á la batalla de Almonacid. Elegido ayudante del general Giron, se halló en los campos de Ocaña, en la defensa del Puerto del Rey en Sierramorena, en las de Cádiz é Isla de Leon y en la gloriosa batalla de Santi-Petri, que aseguró el último baluarte de nuestra independencia.

Despues de aquel hecho de armas D. JOAQUIN DE EZPELETA, que se hallaba ya á las órdenes del general Zayas, tuvo una parte activa en la expedición de Huelva y Moguer, y mas activa y brillante en la batalla de la Albuera, hecho de armas inmortal y en el que las altivas águilas imperiales quedaron destrozadas por las garras del león de Castilla y del leopardo inglés. Por esta célebre victoria fué declarado EZPELETA benemérito de la patria.

Mas adelante el general Blake pensó espugnar el castillo de Nubla. La empresa era en extremo árdua y arriesgada, porque el castillo poderosamente guarnecido y en una situación topográfica muy ventajosa, podía hacer inútiles los mayores esfuerzos del valor y aun romper el lazo de la disciplina entre los sitiadores. Blake creyó conseguir su objeto, haciendo una apelación honrosa á la intrepidez de sus tropas y convidiendo eficazmente á cuantos quisieran tomar parte en tan difícil empeño. EZPELETA fué uno de los primeros en presentarse y su conducta al frente de 200 soldados de la Guardia, mereció los elogios del general y los aplausos de sus compañeros.

EZPELETA, hallándose en la primavera de su vida, distinguido tanto por su denuedo, como por su exactitud en el cumplimiento de los deberes militares, apreciado y considerado por sus jefes, podía abrigar la esperanza de hacer, no obstante la parsimonia con que entonces se distribuían los grados, una carrera rápida y brillante; pero la fortuna se opuso á sus progresos. En la funesta acción de Pusol, ocurrida el 25 de octubre, cayó prisionero y fué trasladado á Francia donde permaneció, hasta que se restableció la paz en el continente europeo. Cuando regresó á España habiendo hecho constar la lealtad y decoro de su conducta, mientras estuvo prisionero, se le rehabilitó en el ejercicio de su empleo con fecha 5 de julio de 1814, concediéndole opción á la antigüedad y sueldos devengados.

1815 á 1820—En 24 de mayo de 1815 obtuvo el diploma para uso de la cruz concedida á los que se hallaron en la batalla de la Albuera; el 20 de mayo de 1817 fué condecorado con la cruz del tercer ejército de operaciones y el 17 de julio con la de la retirada á la Isla de Leon.

Nombrado en 1.º de julio de 1815 ayudante de campo del segundo general del ejército del centro de observación en Aragón, subsistió con el en este empleo agregado hasta el fin de enero de 1816 en que se incorporó otra vez á su cuerpo.

Con fecha 1.º de julio se le declaró mayor general de la división territorial del ejército de Castilla la Nueva, conservando este cargo hasta que por real orden de 1.º de febrero de 1818, se resolvió que todos los oficiales empleados en las divisiones territoriales quedasen nominalmente con el destino que tenían, y que entre tanto se restituyesen á sus cuerpos.

1821 á 1823—Hasta este punto D. JOAQUIN DE EZPELETA no se había mezclado en las oscilaciones políticas que estremecieron el ser de nuestra sociedad. Juzgaba que un militar, encerrán-

(1) El padre de D. JOAQUIN EZPELETA fué capitán general de ejército; dos de sus hermanos son actualmente tenientes generales y el difunto conde de Ezpeleta había lanzado también esta elevada graduación militar.

do sus opiniones en el fondo del corazón, debía siempre obedecer lealmente al gobierno constituido. Este principio, base única de toda disciplina sólida y elemento vivificador de todo ejército, constituía el fondo de su carácter. Los jefes y oficiales de la Guardia que conocían bien la severidad de EZPELETA en esta parte, se abstuvieron de enunciarle el proyecto de insurrección contra el régimen constitucional, esperando no obstante que una vez consumado el acontecimiento el pudente EZPELETA seguiría la suerte de su cuerpo. Así sucedió efectivamente. En la tarde del 30 de junio de 1822, cuando EZPELETA se dirigía al cuartel, vió su batallón formado y en actitud de emprender la marcha con el coronel á la cabeza y los oficiales al frente de sus respectivas filas. La situación era muy crítica para EZPELETA, conociendo entonces el fin y tendencias de aquel movimiento; combatido á la vez por la rigidez de sus principios y por el sentimiento del honor, vaciló algún tiempo antes de abrazar un partido absoluto; pero creyó por fin que, sin traspasar la línea de sus deberes, se hallaba en el caso de obedecer á sus jefes y de permanecer adherido á sus banderas. Bajo el impulso de esta convicción siguió con confianza á su batallón hasta las alturas del Pardo en la noche del 1.^o al 2 de julio. Aceptado el hecho, era preciso aceptar pura y simplemente todas sus consecuencias. EZPELETA recibió orden de penetrar en la madrugada del 7 con su compañía de granaderos en la plaza Mayor de Madrid que ocupaban los Nacionales con dos piezas de artillería. EZPELETA reunió á sus soldados y les recomendó eficazmente que aguantasen sin pestañear y sin disparar un solo tiro la descarga de las dos piezas, lanzándose después sobre ellas con toda la rapidez posible. Esta operación, aunque peligrosa bien ejecutada, debía ser decisiva. EZPELETA avanzó con su compañía por la calle de la Amargura, á cuyo aspecto los Nacionales dispararon un cañonazo. EZPELETA recibió dos heridas y los soldados de la guardia, modelos siempre de intrepidez y pericia, perdieron entonces su ordenanza y serenidad y prorrumpieron en un fuego estéril de fusilería. Merced á estas circunstancias, los nacionales pudieron conservar las ventajas de su posición precipitando fácilmente á sus adversarios en la fuga. EZPELETA herido, y abandonado por todos los suyos, logró salvarse desplegando en aquellos instantes mucha presencia de espíritu y buscó después un asilo cómodo y seguro.

Durante el tiempo que permaneció encerrado, el general D. Luis Fernández de Córdoba, uno de los autores de la sencilla insurrección, halló medio de trasmitir al periódico *El Universal* un comunicado manifestando, que el capitán EZPELETA había reprobado constantemente el movimiento y que su conducta en esta ocasión solo podía y debía explicarse por su obediencia á los jefes. Este brillante y espontáneo homenaje á la verdad y en circunstancias difíciles, hizo tanto honor al que le tributaba como al que era objeto del mismo.

Organizado en 1823 el batallón provisional, EZPELETA marchó con él á las Andalucías hallándose en el bloqueo de Tarifa y demás operaciones que practicó este cuerpo hasta que restituido el Rey en el pleno goce de su soberanía, se restableció la tranquilidad pública á la sombra de la intervención francesa.

1824 á 1833.—En los años siguientes obtuvo EZPELETA la recompensa á que le hacían acreedor sus servicios y distinguidas prendas militares. En 14 de abril de 1824 fué promovido á primer comandante de la Guardia; en 24 de Mayo de 1825 se le ascendió á brigadier y en 10 de enero de 1826 se le otorgó la cruz de la real y militar orden de San Hermenegildo. Creado poco después el 4.^o regimiento de la Guardia, EZPELETA por real orden de 9 de marzo de 1826, fué nombrado su coronel, confiándole la difícil misión de organizarlo y instruirlo.

Nuevas y brillantes distinciones vinieron á realzar la posición de EZPELETA y á favorecer los progresos de su carrera. En 30 de Abril de 1829 obtuvo de nuestro gobierno la cruz de primera clase de fidelidad militar, y en el año inmediato el rey de las Dos Sicilias le nombró caballero de la orden de San Jorge y de la Reunión, habiéndose expedido con fecha 5 de setiembre una real orden, permitiéndole usar la cruz con relevación de pago de derechos. El pincel de la historia contemporánea ha bosquejado con vivos colores el cuadro que presentaba la España en esta época. Las pasiones políticas cada vez más encendidas, según se acercaba el momento de la lucha, pugnaban por conquistar la esfera del poder supremo, y aunque todavía se agitasen bajo la férula de las leyes, no por eso era su influjo menos poderoso, ni menos temible. Fernando VII, combatido de cerca por la ardiente fracción carlista y no queriendo arrojarse en brazos del partido liberal, bien con hombres templados, conciliadores, sóbrios en exigencias políticas, ó bien con aquellos cuya lealtad indeclinable y á prueba de las más violentas convulsiones, les hace considerar siempre como apoyos en igual grado raros y preciosos de todo gobierno constituido. El pensamiento del monarca era elevar á unos y á otros hombres á la al-

tura en que sus servicios pudieran ser más útiles. El brigadier EZPELETA que gozaba de aquella lisongera opinión fué promovido á Mariscal de Campo con fecha 9 de Marzo de 1830 y en 3 de setiembre de 1831 fué declarado jefe de brigada de la Guardia Real, cargo que continuó desempeñando durante los años 1832 y 1833. Habiéndose ausentado en este tiempo de Madrid el comandante en propiedad de la Guardia, quedó EZPELETA con el carácter de interino desplegado en el ejercicio de este cargo las mismas dotes de actividad, que le habían distinguido siempre.

1834 y 1835—Bien conocida es la profunda impresión que produjeron en el espíritu de la Guardia Real la muerte del Rey y la inauguración del sistema representativo. Muchos oficiales de este cuerpo privilegiado creyeron que sus prerrogativas se hallaban expuestas bajo el pensamiento nivelador, alma de las nuevas instituciones, y pasaron al campo de D. Carlos, considerando á este príncipe como la personificación de sus principios ó el símbolo de sus deseos. EZPELETA no debía seguir semejante línea de conducta. Si hubiera sido liberal, habría sofocado el acento de sus convicciones para escuchar solo la voz de su deber; mas por fortuna en estas circunstancias, sus ideas políticas y sus obligaciones militares guardaban reciproca y completa armonía. Declaróse pues franca y sinceramente campeón de la causa Isabelina y ofreció su espada para defender los derechos de la Reina. El país y el gobierno apreciaron y recompensaron desde luego el leal comportamiento de EZPELETA, pues la provincia de Navarra le eligió su procurador en Córtes y la Reina Gobernadora le concedió la gran cruz de Isabel la Católica.

Terminada la legislatura de 1834 en la que EZPELETA se asoció noble y decididamente á cuantas reformas fuesen posibles en el círculo del orden público, y bajo la éjida de las leyes, se le nombró con fecha 5 de setiembre de 1835 gobernador político y militar de la provincia de Jaén. La dulzura de su trato, la afabilidad de sus modales junto á la rigurosa exactitud con que cumplía y hacia cumplir las disposiciones emanadas de la autoridad suprema, le granjearon en aquel puesto muchas y sólidas simpatías. EZPELETA consagraba todos sus cuidados á asegurar la acción del gobierno contra la efervescencia de las pasiones, cuando los rápidos progresos de la lucha dinástica llamaron su atención á una esfera más dilatada.

En efecto, el fuego de la guerra civil se había derramado por la Península. Mientras el ejército del Norte operaba en el territorio vasco-navarro, se creaba otro denominado de reserva cuyo mando se confió al general EZPELETA. Este cuerpo de tropas debía cenir las dos márgenes del Ebro, cubriendo con sus alas las provincias de Soria, Burgos y Santander, protegiendo al mismo tiempo los valles de Mena, Soria, Orduña y Arciniega. Maniobrando en esta línea tan estensa y tan espuesta á ser penetrada por el enemigo, el ejército de reserva debía tender energicamente á enlazarse con el del Norte, dispensándose de este modo una protección mutua y eficaz. Tal fué el primer pensamiento del general EZPELETA que se trasladó desde Medina de Pomar á Villalba de Losa, capital del valle de su nombre, y se propuso fortificar este punto, haciendo de él la base más sólida de sus operaciones. El plan era sin duda muy atinado y oportuno, porque Villalba de Losa dominaba los valles de Orduña y Mena, y permitía por el de Cuartango fáciles comunicaciones con el general en jefe del ejército del Norte: pero cuando EZPELETA se decidió á realizarlo, recibió una invitación del mismo general en jefe para que, incorporando sus fuerzas á la división Espartero, marchara en auxilio de Bilbao poderosamente amenazado por los carlistas. La operación se llevó á cabo con tanta rapidez como felicidad; reunidas las tropas isabelinas en Villalba de Losa el dia 5 de setiembre, avanzaron sobre Bilbao y entraron en la plaza el 7, retirándose los carlistas sin oponer otra resistencia que un fuego de guerrillas efímero y débil.

En tanto que las divisiones EZPELETA y Espartero permanecían en Bilbao, desembarcó la legión auxiliar inglesa bajo las órdenes del general Lacy Ewans. Esta aglomeración de fuerzas en un punto escéntrico de la verdadera línea de operaciones, podía ser fecunda en graves inconvenientes para el porvenir de la campaña y así se acordó que EZPELETA y Espartero regresasen á los puntos de donde habían salido, dirigiéndose simultáneamente Ewans á Vitoria.

El dia 11 de setiembre fué el designado para emprender este movimiento. La división Espartero que formaba la vanguardia, rompió su marcha por el camino de Orduña, arrolló algunas avanzadas enemigas que intentaban disputarla el paso y se posicionó en el pueblo de Arrigorriaga (1).

(1) Aunque hemos descrito esta acción en otra parte de nuestra obra, lo hemos hecho en la fase correspondiente al general Espartero, omitiendo muchos rasgos de su fisonomía los cuales deben bosquejarse aquí, una vez que el general EZPELETA desempeñaba en aquella ocasión el mando en jefe de las fuerzas isabelinas. Siendo este punto uno de los más controvertidos en la historia contemporánea; nosotros hemos procurado rodearnos de documentos luminosos e inéditos, y limitarnos á la narración de los sucesos sin comentarios de ninguna especie.

EZPELETA por su parte coronó con las demás tropas las alturas que circunscriben á la derecha el camino de Orduña, y tanto estas fuerzas, como las de Espartero, contestaban al vivo fuego que hacían los enemigos desde la orilla opuesta del río Nervion.

El número de los carlistas se aumentaba considerablemente y aunque procuraban cubrirse con los accidentes y sinuosidades del terreno, las noticias que recibía EZPELETA no le dejaban duda alguna respecto á la existencia en aquellas inmediaciones de casi todo el ejército contrario.

En tan crítica situación la prudencia aconsejaba reconocer el puente de Arrigorriaga y asegurarse de si su latitud era suficiente para permitir el paso á las tropas que debían avanzar ordenadas y en aptitud de recibir sobre sus brazos al enemigo. Mientras se efectuaba el reconocimiento del puente, EZPELETA se avistó con el general Espartero y ambos jefes, valorando esta circunstancia, teniendo en cuenta que los vados inmediatos eran poco practicables, que el terreno donde debían desplegar las tropas al otro lado del Nervion, se hallaba abrasado por los fuegos enemigos, y que el camino de Orduña estaba abierto en un profundo desfiladero, cuyos bordes ocuparían sin duda los carlistas, dirigiendo desde ellos casi impunemente sus disparos contra las tropas de la Reina, acordaron emprender un movimiento retrógrado sobre Bilbao.

El general EZPELETA adoptó desde luego las precauciones necesarias para asegurar la retirada; dispuso que el conde de Mirasol, gobernador de Bilbao, sacara de esta plaza dos batallones y los situara con dos piezas de artillería en la izquierda del camino de Durango. Al propio tiempo colocó sus tropas en escalones que debían irse apoyando sucesivamente sobre el puente de Bolueta protegido por los dos batallones de Bilbao. Los heridos y equipajes se dirigieron inmediatamente á esta plaza, mas por una equivocación fatal de los isabelinos, fueron con ellos, parte de las cargas de municiones pertenecientes á la división Espartero y todas las que correspondían á la de EZPELETA. Este incidente fué la verdadera causa del desastre que experimentaron las tropas de la Reina. Cuando EZPELETA tomó estas disposiciones eran las doce y media del día y poco después vinieron desde las afueras de Bilbao á reunirse con él los generales, conde de Mirasol, Ewans y Alava, y permanecieron una hora cerca del puente de Bolueta, observando la situación respectiva de sus fuerzas y de las carlistas. Mirasol fué el primero que volvió á Bilbao siguiéndole en breve tiempo Ewans y Alava.

A las tres de la tarde emprendió el ejército su marcha retrógrada con buen orden y seguro continente. El general Espartero sostenía la retaguardia batiéndose con su intrepidez característica; pero su situación se hizo bien pronto eminentemente crítica. Faltaronle las municiones y embió á pedirlas al general EZPELETA quien dispuso se le remitiesen sin la menor demora algunas de las cargas pertenecientes á su propia división. Pero en aquel momento supremo, cuando el enemigo arrojaba sin cesar en el combate nuevos y poderosos refrescos, y cuando el frente y flancos de Espartero se hallaban envueltos en una nube de fuego, supo EZPELETA por conducto de su jefe de E. M. el brigadier Zarate la imprudente precipitación con que se habían hecho retirar las cargas. Ya no era tiempo de deliberar sino de obrar con actividad y energía proporcionadas á tan difíciles circunstancias. EZPELETA manda que se hagan volver inmediatamente las cargas de municiones; detiene á parte de sus batallones que ya había emprendido el movimiento retrógrado y los coloca en posición; escita energicamente el celo del conde de Mirasol para que establezca las fuerzas protectoras del puente y recorre los puntos en que su presencia era mas necesaria para relevar el espíritu de las tropas, próximo á sucumbir en choque tan desventajoso. Mas por desgracia estas medidas, las únicas posibles en tan difícil situación, no resultaron eficaces; porque ni las cargas de municiones volvían, ni los batallones de EZPELETA estaban mejor dotados que los de Espartero. Solo el conde de Mirasol había cubierto la cabeza del puente con las tropas de la plaza y esta maniobra tan importante hubiera asegurado el éxito del movimiento retrógrado si hubiera sido posible sostener el orden entre los cuerpos que lo realizaban.

Espartero, después de haber quemado su último cartucho, sostenía aun la acción con desesperadas cargas á la bayoneta. Pero este recurso, peligroso siempre, lo era mucho mas en una retirada, evolucionando sobre un terreno lleno de accidentes y dificultades. La fatiga, la pérdida que experimenta, el sentimiento de su inferioridad y la proximidad de la noche desmorallizan completamente á los soldados de la Reina y el lazo de la disciplina se rompe al golpe de riesgo tan ejecutivo. Cuando el general EZPELETA dirigía los cuerpos sobre la colina de Marejen observa que uno de los batallones situados en la carretera de Durango se desbandaba abandonándose á la fuga mas precipitada. La dispersion se propaga con extraordinaria rapidez y ni el ejemplo de los jefes, ni el denuedo de los oficiales pueden

contener á los fugitivos que se precipitan de tropel sobre el puente de Bolueta.

Fué preciso desembarazar este puente, que era el único medio de salvación de los fugitivos, pero los carlistas, aprovechándose de esta circunstancia, se lanzaron en pos de sus enemigos y se enseñorearon de él bordeando con sus tropas la margen izquierda del Nervion.

Mientras Espartero forzaba el puente con una intrepidez ejemplar, el general EZPELETA corría los mayores peligros á fin de restablecer el orden en sus azoradas tropas, y constituir un núcleo respetable de resistencia entre el río y la plaza de Bilbao. Los mas de sus ayudantes habían sido heridos; los que se hallaban ilesos estaban empleados en comisiones del momento, y EZPELETA se halló casi solo con su caballo atravesado de un balazo y próximo á ser arrollado por los dispersos ó envuelto por los carlistas que en alas de la victoria, seguían su marcha velozmente progresiva. En esta situación tan apurada, EZPELETA no pierde su serenidad; monta en el caballo de uno de sus ordenanzas, y logra poner en formación algunas tropas en el paseo de Bilbao con dos piezas de artillería que había situado allí el conde de Mirasol. Bajo la protección de sus fuegos el brigadier Buerens con algunas compañías españolas, parte de un batallón británico, varios oficiales y dos ayudantes de EZPELETA, avanzó al paso de carga sobre el puente, y espulsó de él á los enemigos, los cuales sin embargo, conservaron una actitud amenazadora á vista de la plaza. La noche puso fin al combate y ambos beligerantes se recogieron á sus respectivas posiciones.

Tres días después, el 14 de setiembre, salió EZPELETA con sus tropas de Bilbao y llegó sin obstáculo alguno al valle de Mena; pero los carlistas que esperaban este momento, siguieron una marcha paralela desde Mena al valle de Losa, pretendiendo disputarle la entrada en este último valle. EZPELETA adivinando este pensamiento, hizo una marcha forzada, y dominó las culminantes alturas de Bucedo cuando el enemigo tocaba en Castroberto. Insistieron no obstante los carlistas en acometer el flanco de los isabelinos; mas la vigorosa actitud de EZPELETA y la oportunidad con que se situó en Gallangos, frustraron los planes de su adversario, y le permitieron replegarse sobre Medina de Pomar.

Pero los carlistas no renunciaban al deseo de atacar aquel cuerpo de ejército, esperando que el desastre de Bolueta, vivo y tan fresco en la memoria del soldado contribuiría eficazmente á producir otro. Impelidos por esta idea se presentaron á la vista de Medina en número de 22 batallones y 400 caballos con D. Carlos á su frente. EZPELETA, cubriendo con mucha habilidad las excelentes posiciones que ofrece Medina, colocó sus tropas en términos, que impusieron al enemigo, haciéndole desistir completamente de su proyectado ataque. El general en jefe alarmado al considerar que EZPELETA, tendría sobre sus brazos el grueso del ejército carlista, pretendió amenazar el flanco izquierdo de este avanzando desde Vitoria; mas sabiendo que su enemigo después de una ligera escaramuza, había emprendido el movimiento retrógrado hacia Losa, se detuvo en Oña. En este punto conferenció con él EZPELETA acordando las disposiciones mas convenientes para el porvenir de la campaña. Terminada la entrevista, el general en jefe regresó á Vitoria, llevándose la división Espartero; EZPELETA reducido á las fuerzas de su inmediato mando volvió á sus primitivas posiciones.

En este tiempo y para dar mas unidad á las operaciones, fué declarado el ejército de reserva como parte integrante del del Norte, y se denominó desde entonces ejército de la izquierda.

Libre de la persecución de los carlistas, EZPELETA se dedicó á fortificar á Villalba de Losa, punto sin duda el mas estratégico en aquella extensión de la línea, llave del río Nelo y que podía servir de freno á las correrías de las partidas carlistas. Repetía Castor con mucha frecuencia y á veces con feliz audacia, mas fué vigorosamente escarmentado por el brigadier Castañeda, que seguía las instrucciones de EZPELETA cerca de Balmaseda y Arciniega.

1836—Al principiar el año 1836 volvieron los carlistas su atención sobre el extremo izquierdo de la línea; considerabanla débil; creían fácil penetrarla y lanzar expediciones al corazón de la Península. Para realizar este pensamiento, avanzó Eguia á la cabeza de trece batallones y 200 caballos y puso sitio á Balmaseda. Esta población era muy importante porque protegía en su parte mas vulnerable la línea de la reina, pero se hallaba á la sazón mal guarneida y peor fortificada.

Cuando EZPELETA supo el intento de los carlistas, recogió apresuradamente cuatro batallones y cuatro escuadrones, y marchó con ellos en apoyo de Balmaseda. Este movimiento era muy audaz, porque EZPELETA se esponía á atraer sobre si todas las fuerzas enemigas. En efecto le salieron al encuentro en Mercadillo donde se empeñó un combate el día 4 de febrero.



EZPELETA resistió el ataque primero en las posiciones de Villasaña y después en las de Vivanco y Lusinaga, pero como no obstante la intrepidez de sus tropas y el tino con que se habían situado, podían ser arrolladas por los carlistas, EZPELETA envió a uno de sus ayudantes de campo al general Espartero que se hallaba en Santa Gadea, previniéndole que se presente a la mayor brevedad posible, sobre el sitio de la acción. Espartero hace una marcha forzada y llega a Medina de Pomar, pero ya entonces se había terminado el combate porque el objeto principal de los carlistas, era apoderarse de Medina como lo lograron.

Ordenes terminantes y parentorías del general en jefe precisaron a Espartero a retroceder sobre Vitoria, y EZPELETA quedó de nuevo con sus débiles fuerzas expuesto a los golpes del carlista ensoberbecido ya con la toma de Balmaseda. Esta situación era verdaderamente insostenible; lo conoció así el mismo general en jefe y dispuso que la brigada portuguesa, marchase a robustecer las fuerzas de EZPELETA.

No tardaron mucho los auxiliares en venir a las manos con el enemigo. El vigilante Castor reparado en breve de sus últimos quebrantos, trató de sorprender el 16 de marzo a la brigada portuguesa que prestaba un servicio avanzado en el castillo de Piedra. El plan estaba bien concebido y el jefe carlista habría quizás logrado su objeto, sin el denuedo de un batallón de Zaragoza y la inteligente actividad del general portugués, barón Das-Antas. El combate fué vivo y más notable la pérdida de los carlistas. Pocos días después volvió a Vitoria la brigada portuguesa y la reemplazó en la izquierda la división Mendez Vigo fuerte de tres regimientos. EZPELETA dispuso que se colocaran estas tropas en las inmediaciones de Balmaseda cuya población evacuada muy luego por los carlistas, procuraron fortificar los isabelinos con todo el esmero y solidez que su importancia requería. Pero la inclemencia de la estación, el mal estado de los caminos y la falta de víveres introducían mucha lentitud en los trabajos, no obstante las energicas medidas del general EZPELETA. Mas los carlistas que no podían ver sin sobresalto el que EZPELETA erigiera en este punto un baluarte poderoso a contener sus escursiones, pretendieron arrojarle de sus posiciones y aun arrebatarle esta extremidad de la línea. Eguia, dirigiendo catorce batallones y 300 caballos, se lanzó en 25 de abril sobre los cantones de Orrantia y Antuñana que cubría parte de la división Mendez Vigo.

Noticioso del peligro avanzó inmediatamente EZPELETA desde Balmaseda con la brigada Peón y logró contener su marcha arrolladora. Generalizóse bien pronto la acción y se sostuvo por ambas partes con ardimiento extraordinario desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde. La disparidad de fuerzas era muy notable, pues las isabelinas ascendían lo más a nueve batallones, pero su denuedo suplió la diferencia numérica. Todos los cuerpos mostraron singular bizarría; el batallón de la Guardia hizo maravillas y sufrió una pérdida enorme, pues en menos de seis minutos tuvo la baja de 106 hombres entre muertos y heridos. El general EZPELETA presente en todas partes donde el peligro era más amenazador, ya con el objeto de inflamar a sus tropas, ya con el de dictar las parentorías disposiciones que su crítica situación reclamaba, recibió muy luego una herida y se retiró al Berrón; pero hecha la primera cura, montó de nuevo a caballo, volviendo al sitio del combate. La proximidad de la noche, los accidentes del terreno, la necesidad de poner término a lucha tan prolongada y desigual hicieron que EZPELETA emprendiese su retirada. Los carlistas redoblaron sus esfuerzos para convertirla en fuga; pero sus hábiles disposiciones y la firmeza de las tropas frustraron todas las tentativas del enemigo.

EZPELETA, aunque herido, no renunció a la idea de restablecer su superioridad y al alborzar el día 26 colocó sus tropas en disposición de brindar eficazmente a los carlistas con el combate. Dirigió el brigadier Mendez Vigo en quien había resignado el mando EZPELETA, y su desenlace fué poner a los carlistas en la precisión de emprender un movimiento retrógrado. El mismo brigadier, siguiendo las instrucciones de EZPELETA, marchó a cubrir el valle de Losa, protegiendo el fuerte de Villaba cuyas incompletas fortificaciones llamaban la atención del general carlista Eguia. EZPELETA sobreponiéndose a los dolores de la herida, se propuso reunir en Balmaseda todas las fuerzas posibles para sostener el arriesgado movimiento de Mendez Vigo. Eguia combinando sus operaciones con tanta habilidad como rapidez, desembocó en el valle de Losa por la peña de Orduna y se avanzó sobre Mendez Vigo con superiores fuerzas, batiendo al propio tiempo, aunque infructuosamente las fortificaciones de

Villaba. Mendez Vigo empezó a replegarse con buen orden y resistiendo siete horas de un fuego abrasador, hasta que Eguia viéndose amenazado por el general en jefe, abandonó la ofensiva precipitadamente. EZPELETA fiel a su plan salió de Balmaseda el 28 y se dirigió en auxilio de Mendez Vigo por la peña de la Magdalena; pero cuando llegó a este punto supo que se había terminado la acción, y que Mendez Vigo, obedeciendo las órdenes del general en jefe, se había dirigido por Berberana a Vitoria.

EZPELETA siguió protegiendo con fuerzas muy débiles aquella extremidad de la línea, hasta mediados de mayo en que tuvo que ausentarse temporalmente y previa real licencia para tomar los baños de Arnedillo a fin de restablecer su quebrantada salud. Hallándose en este punto recibió el nombramiento de virey de Navarra y la orden para trasladarse a Pamplona. Poco después con fecha de 10 de junio del año que recorremos (1836), fué promovido al empleo de TENIENTE GENERAL.

Instalado EZPELETA en su nuevo destino, procuró dar todo el impulso posible a las operaciones, y en efecto y a consecuencia de sus planes se trabó en los días 1.º y 2 de julio la sangrienta acción de la Borda de Iñigo, y el 4 de agosto en el mismo sitio otra tan viva y mas favorable a las armas de la Reina.

Una penosa enfermedad que puso a EZPELETA al borde del sepulcro, le obligó a resignar el mando en el general D. Francisco Cabrera y a pasar a un punto de Francia donde la tranquilidad y dulce influencia del clima pudieron acelerar su restablecimiento: no fue este sin embargo tan rápido que no hiciese necesaria una prórrogá de la real licencia.

1836 a 1840—Hallábase convaleciendo en Burdeos cuando en real decreto, fecha 24 de abril de 1837, fué nombrado segundo cabo y subinspector General de la Isla de Cuba, espidiéndosele el real título en 15 de mayo de aquel año. Obediente al mandato soberano, el general EZPELETA olvidándose del estado de su salud marchó a desempeñar aquel cargo, y lleno de tal manera sus deberes, que a los ocho meses le fueron conferidos el Gobierno, Capitanía general y Presidencia de la Real Audiencia de aquella isla. Tres años desempeñó EZPELETA tan importante mando a satisfacción del gobierno y con aplauso de los habitantes de aquella preciosa Antilla, cuyas simpatías supo captarse por la dulzura de su gobierno, por su probidad y escasivo desinterés. S. M. la Reina Gobernadora recompensó sus distinguidos servicios concediéndole la gran cruz de la Real y Militar orden de San Fernando, cuyo real despacho se le libró en 24 de setiembre de 1838. Los habitantes de aquel país hicieron en su obsequio las más honrosas y espontáneas manifestaciones. Obtuvo entre otros, varios atestados de honor y reconocimiento de la Junta de Gobierno de la real Casa de Beneficencia de la Habana, y a petición de la misma elevada a S. M. fué nombrado vocal perpétuo de aquella y uno de sus representantes en esta corte. Asimismo la junta de maternidad, agraciada a sus servicios le confirió la cruz de distinción de la Real Casa, establecida en la capital de aquella Isla. Durante su mando, en 7 de julio de 1839 obtuvo real despacho de la gran cruz de San Hermenegildo.

Pero renovados sus padecimientos a consecuencia de lo riguroso del clima solicitó su relevo, que hubo de reiterar por no haber sido atendida su instancia a la primera vez, y en 25 de enero de 1840 obtuvo de nuevo licencia para Francia, con objeto de recuperar su salud.

1841 a 1855—En 28 de mayo de 1841 le fué expedido por el Supremo Tribunal de Justicia a consecuencia del examen de la residencia que practicó, un honrosísimo certificado por su comportamiento en el mando de Cuba; y en 24 de diciembre se le concedió su cuartel para esta corte con el sueldo que le correspondía por reglamento. Permaneciendo en tal situación desde dicha fecha, en 8 de agosto de 1843 fué nombrado vocal de la Junta consultiva de Guerra; en 24 de diciembre del mismo, individuo de la comisión de bases y reglamento para la formación de un Consejo de Estado en la parte relativa al ramo de Marina, Comercio y Gobernación de Ultramar.

Nombrado posteriormente Consejero de Ultramar hallábase desempeñando este cargo en 16 de enero de 1852, cuando fué nombrado Ministro de la Guerra y trasladado al de Marina, cuyo cargo dimitió después con todos sus compañeros de ministerio en 14 de diciembre del mismo. Ya anteriormente, en 15 de agosto de 1845, había sido nombrado Senador del Reino, de cuyo cuerpo fue presidente en la última legislatura.

Tal es la reseña biográfica del TENIENTE GENERAL D. JOAQUIN DE EZPELETA cuya hoja de servicios justifica su posición y el respeto que disfruta como militar y como político.